

Los negocios y el amor



Uno de los problemas sociales que debe preocupar grandemente á la generación actual, es el conflicto que existe entre los negocios y el amor. Este problema está planteado en el dfa en todos los países en donde la civilización ha sentado sus reales. Los Estados Unidos nos dan el ejemplo; la metrópoli argentina lo sigue, con tentitud, pero clara y evidentemente.

Los intereses van sobreponiéndose á ese bello, augusto y dulcísimo sentimiento, que fué el alma del mundo en los tiempos antiguos, y origen de las grandes ambiciones y hasta de los grandes heroismos del hombre.

Hoy la mujer, que fué el incentivo del trabajo, del arte, de todas las creaciones nobles, está á un lado del camino; el hombre, al otro. Durante mucho tiempo son extraños entre sí; viven devorados por el ansia del éxito en cualquier terreno que lo busquen, y el amor, esa mariposa de oro, dulce y seductora, pliega las alas silenciosamente, falta de calor, de alegría, de ensueño.

¡Por qué? Planteado el problema, hay que resolverlo, hay que buscar las causas y oponer diques á ese torrente invasor que amenaza el hogar y la familia y hasta el porvenir de la patria. Por el momento son los negocios, he dicho, son los intereses los que separan al hombre de la mujer, los que levantan entre ambos una barrera, ahuyentando el sentimiento creador de los idílicos y las dulces leyendas del pasado.

La mujer, tal vez inconscientemente, ayuda al alejamiento del hombre, porque no sabe ó no quiera demostrarle cuánto es preferible el amor al oro; cuán inútiles son las riquezas cuando el alma, recinto augusto de lo bello, gime en su prisión sin ideales, sin esperanzas, sin ese único rayo de sol que todo lo vivifica y alegra, que se llama ternura.

Es la mujer la que debe ahuyentar de la sociedad el fantasma temible del frío cálculo, que petrifica todos los anhelos y mata toda ambición noble. Ella debe decir á los suyos: ¡dadme más amor y menos oro!...

Entonces el hombre, que hoy parece amar el trabajo por el trabajo mismo, volverá los ojos hacia la diosa que rechaza las joyas preciosas puestas á sus pies, en cambio de una mirada dulce, de una caricia que es amor, que es ensueño, que es esperanza.

¡Para qué las galas, para qué los encantos de la figura, de la educación, de la gracia, si no han de ser incentivo del talento, del arte, de la hermosa figuración política del hombre!...

Nuestras madres, menos bellas, menos educadas, menos brillantes que nuestra brillante juventud femenina de hoy, poseían ese tesoro inestimable, sin el cual la felicidad es un mito: sabían hacerse amar, eran amadas. Hoy tenemos, en cambio, los grandes adelantos de la civilización, maravillosos descubrimientos en ciencias y artes, espíritu refinado, conocimientos en lenguas diversas, nociones de todo lo bello y elegante que se produce en el mundo, pero el amor no es el ensueño, no es el ideal de nuestros tiempos, y nuestra felicidad, en relación comparativa, es egoista y pobre.

Hoy las mujeres trabajan y luchan por su porvenir como el hombre; hoy frecuentan las aulas, estudian astronomía, física y química; se inician en las arduas carreras profesionales y marchitan su juventud y su belleza, muchas de ellas extrañas para siempre á los encantos de un hogar propio, á los encantos de un amor correspondido.

Esto no es la felicidad de una raza, no es la felicidad de un estado, no es la felicidad de los individuos, porque el hombre y la mujer han nacido para compitarse, para escribir el hermoso poema de las uniones castas y venturosa en las praderas de luz del amor.

Y como el mal parece que tiende á aumentarse, sólo queda á las mujeres el recurso de combatir en el hombre ese afán incesante de adquirir riquezas, que es hoy su único móvil, oponiendo á las costumbres que él sigue, de fausto y de grandeza, la sencillez, el culto de los sentimientos desinteresados, la economía nacional en el gobierno del hogar, y pidiendo á su corazón, al del hombre, más dulces palabras, más obras bellas, más tiempo de compañía y menos oro, menos oro...

Decidles que preferís á los trajes y á las joyas mil veces más el ser amadas, que su mano en la vuestra, que sus lisonjas y adoraciones valen más que todas las riquezas, que todos los tesoros; que preferís ser la sofadora Julieta, la amada de Romeo, á ser Cleopatra, la reina, la augusta, la poseedora de maravillosos tesoros...

Y no se crea que quiero resucitar las escenas del romanticismo pasado, no; nada más práctico que buscar el medio de evitar el choque de dos intereses opuestos: el de los negocios y el amor. Nada más oportuno que decir al hombre del dfa: no alejéis á la mujer de vuestro camino, que con ella huirá también de vosotros el pájaro azul de la dicha que canta en los corazones...

CAROLINA FREYRE DE JAIMES